

porque los cristianos creyesen que eran pocos, é que los fuesen á combatir é recibiesen daño dellos; é por ende, no quisieron hacer ninguna muestra de alegría ni de otra cosa, é dejaron andar á los cristianos por donde quisieron. Mas cuando vino á hora de vísperas, que vieron que no los combatian, comenzáronse á mostrar é armar algarradas por las torres é otros engeños, é salir de fuera é andar muchos juntos ante las puertas, como en manera de buscar torneo. Mas los cristianos, que vieron esto, hobieron su acuerdo de no ir á ellos, ni de hacer cabalgada ni arremetida ninguna hasta que se les fuesen mas allegando.

CAPITULO XXXI.

De un grande é señalado hecho que hizo Gutierre d'Arias, cormano del conde de Flándes.

No podrian ser contadas todas las cosas que acaescieron en aquella cerca. Mas las mayores é algunas de las otras que fueron como de hechos señalados, movieron á escribir á aquellos que esta historia hicieron, é fué una dellas, que contecié luego, á cabo de tercero dia que la villa fué cercada, é comenzóse sobre un caballo de Habur el almirante, que era tan preciado entre los moros, que no habia otro en toda la tierra que tanto preciasen; ea mejor facionado caballo de miembros no habia en parte del mundo para ser fuerte é ligero; y demás era tan corredor, que ningun caballo no se le iba por piés, ni otro lo podria alcanzar; é sin todo aquesto, era tan hermoso, que muy poco le faltaba para que la meitad del cuerpo en largo no fuese tan blanco como la nieve, é la otra meitad negra; é Habur el almirante, que lo tenia en mucho é que se sabia dél muy bien ayudar, como aquel que era muy buen caballero, cuando vió que lo no podia sacar á pacer fuera de la villa, hizolo levar á un prado que estaba entre los muros de la ciudad é el rio, é mandó á diez peones moros que gelo guardasen; é tenia cada uno dellos una hacha turquesa en la mano, é en la otra un azote, con que herian á los hombres, porque se non llegasen á él; é el caballo estaba ensillado é enfrenado de muy rica silla é freno á gran maravilla, ea el Almirante, cuyo era, trabajaba siempre de se ataviar muy ricamente, é en aquel dia habia andado en él, veyendo todas las puertas de la villa; é cuando tornó á su lugar, mandólo sacar á aquel prado para que paciese, é puso á aquellos moros que vos dijimos con él para que le guardasen; é uno dellos trájolo de un cabestro muy luengo de una parte á otra, é esto duró un gran rato, é despues atáronlo á una estaca grande, é asentáronse todos en derredor de muy léjos, é comenzáronlo á guardar, é el caballo estaba solo é enfrenado, é vió todos los otros caballos de la hueste, é con celo que habia, comenzó á relinchar é á cavar con las manos mucho aprieta, é hacíase tan fiero é tan bravo, que parecia muy mayor de lo que era; é todos los de la hueste que posaban en aquel derecho venianlo á ver, é cobdiciábanlo mucho haber si pudiesen; mas ninguno no osaba ir á tomarlo, ca teníanlo por muy fuerte peligro pasar el agua nadando, é demás irle á tomar por fuerza á los diez moros que lo guardaban. E acaesció que un escudero que llaman Gutierre d'Arias, que era primo cormano del conde de Flán-

des, é muy osado é de muy buen corazon, é quiséralo allí hacer caballero cuando movieran para aquella cruzada, mas él dijo que no lo queria ser ante que hiciese algun hecho señalado por sus manos; é aquel dia, cuando vió el caballo estar allí, é entendió que ninguno no osaba ir á tomarle, no hizo otra cosa sino irse para su tienda é ciñó su espada, é tomó un broquel de esgrimir, que él sabia muy bien, é no levó otra cosa vestida ni calzada, sino un sayo é unas calzas, é unas espuelas muy agudas que puso en sus piés; é desta manera se dejó ir por el rio del Fer, é santiguóse é metióse dentro, é comenzó de nadar, como aquel que lo sabia muy bien hacer; é quisolo Dios guiar, que lo puso muy presto, de manera que no hobo embargo ninguno hasta que fué de la otra parte. E entonce echóse en tierra tendido, é paró bien mientes cómo el caballo estaba é los que lo guardaban; é cuando lo hobo bien mirado, dejóse ir á él corriendo cuanto pudo, é echó la mano sinieistra en las riendas, é cuando él quisiera meter el pié en la estribera para cabalgar, vino un moro de aquellos diez que lo guardaban, é ibale á dar con la hacha por encima de la cabeza; mas el escudero dejó las riendas é desvióse del golpe, é dióle tal cochillada, que le descabezó; é á otro que venia cerca dél dióle tan gran herida por medio de los pechos con la punta de la espada, que gela traspasó á las espaldas; é al tercero cortóle el brazo, é los otros, cuando esto vieron, comenzaron á huir; é él subió en el caballo é dióle de las espuelas, é como era muy corredor, comenzólos de alcanzar, é mató tres dellos ante que llegasen á la villa, é al uno dellos bien de dentro de las puertas lo mató. Cuando esto vieron los moros, dejáronse ir á él, los unos á caballo é los otros á pié; é él, cuando vió tanta gente venir en pos de sí, dejóse ir al rio corriendo cuanto mas pudo; é el caballo, como era ligero é muy bueno é muy bien enfrenado, comenzó á nadar é pasó á la otra parte; é quisolo Dios así guiar, que magner no iba armado, ningun daño resebió de herida ni de otra cosa; é desta manera trajo Gutierre en salvo su caballo á la hueste. Grande fué el alegría que hobieron los cristianos cuando lo vieron consigo, é todos iban á maravilla por verle; é el primero de los hombres honrados que hi llegó fué el conde de Flándes, á quien mucho placia de aquel hecho, é luego que vió á Gutierre, fuélo abrazar é hizo muy grande alegría con él, é prometióle que si Dios le tornase á su tierra, que él le haria su mayordomo mayor. Dijo el duque Gudufre, que llegara estonce: «Ningun prometimiento es bastante á tal hecho como este, sino que luego sea caballero, é demosle todos mucho de lo nuestro, porque siempre viva honradamente.» Estonce les repuso Gutierre, é dijoles que Dios les agradeciese cuanto bien le prometian, mas no habia voluntad de ser caballero hasta que llegasen á Hierusalen, é estonce, como lo mereciese, que así queria el galardón; é sobre estas palabras tornáronse cada uno á sus posadas. Mucho fué grande el alegría que los cristianos hicieron por el caballo que Gutierre ganara de los moros, porque les parecia que era buen comienzo de guerra, é que Dios les mostraba en ello señal que acabarian muy bien aquel hecho que comen- zaran; é hicieron luego por toda la hueste ayuntar los

pobres, é diéronles muy grandes limosnas por amor de nuestro Señor Jesucristo.

CAPITULO XXXII.

Cómo el Rey supo las nuevas del caballo, é cómo el Conde tomó la récua á los moros que la levaban.

Todo lo que pasó del caballo sopo el rey de Antioca, é hobo dello muy gran pesar, é luego hizo ayuntar todos cuantos hombres honrados eran con él, é tomó consejo con ellos cómo se podrian vengar; é el acuerdo que hobieron fué que se metiesen en un castillo viejo que estaba cabe la carrera que iba al puerto de la mar, que llamaban de San Simeon; é que de allí saltarian á los que veniesen con las récuas é los desbaratarian, é hiciéronlo así. E acaesció que aquel dia que se metieron en el castillo venia una récua del puerto de la mar, en que habia bien docientas bestias cargadas de pan é de vino, é era del conde de Tolosa, é él mesmo se las guiaba con su compañía; é porque pensaba que era ya en salvo, cabo la hueste, dejáronlos ir adelante, é el Conde é los suyos venian detrás, apartados dellos bien cuanto media legua; é cuando los moros que estaban en el castiello entendieron que no venia hí hombres que se defendiesen, fueron á la récua é mataron algunos escuderos é de la otra gente que la traian, é tomaron todas las bestias así cargadas como estaban, é comenzáronse á ir con ellas para la villa; mas unos pocos de aquellos que escaparon del desbarato comen- záronse á ir, dando apellidos, los unos contra la hueste, los otros contra el conde de Tolosa, que venia detrás; é el Conde, cuando lo oyó, corrió luego, con aquella compañía que traia. E cuando llegaron á aquel lugar do fuera el desbarato, é vieron los hombres muertos é el daño que habian recebido, crecióles muy gran saña, mayormente porque no hallaran hí los moros que lo hicieran; é luego cabalgaron en los caballos, é fueron en pos dellos hasta la puerta de la villa, é allí do los turcos creyeron ser seguros hirieron en ellos; é tan espesos estaban los moros en la puente, que muy pocas heridas pudieron hacer de lanzas, mas á espadas é á porras lo hobieron con ellos, é mataron muchos de los turcos é tiráronles toda la récua, é los otros moros que allí escaparon, entraron huyendo á la villa é cerraron muy bien las puertas, con miedo que toda la hueste venia en pos dellos.

CAPITULO XXXIII.

Cómo los de la hueste posaron sus tiendas mas cerca de la villa por consejo de Boymonte, príncipe de Pulla.

Los cristianos, despues que se tornaron de aquella cabalgada, fuéronse cada uno para sus tiendas, é esa noche hobo la guarda de la hueste Boymonte, príncipe de Pulla; é como era muy sabido de guerra, anduvo toda la villa en derredor, é parecióle que la hueste podía posar mas cerca, de forma que los moros no podrian salir ni entrar sino arriba de la montaña; hizolos todos ayuntar en la tienda del obispo de Puy, é mostróles cómo entendia aquel hecho; é sobre esto acordaron todos de mudar sus tiendas é estanzas cerca de la villa, é hiciéronlo así, en manera que las tres compañías que eran ante fuese todo como una, é posaron de luengo en

luengo de la villa, é cercáronla en derredor de parte del llano, de manera que ningun lugar no habian los moros por do salir ni por do entrar, salvo por la puerta de la gran puente, do era la mezquita, é por la puerta que era en derecho de la posada del duque Gudufre; é lo mesmo hacian por la puerta que llaman del Can; é allí habia una puerta pequeña de piedra, que atravesaba sobre un poco de almigar que se hacia en aquel lugar; é por cada una destas tres puertas salian los moros, de noche ó de dia, á hurto, cuando querian, de forma que los de la hueste no sabian dello nada; é hacian gran daño á los cristianos en matar é en llagar muchos hombres é bestias. Otras veces venian descubiertamente é traian muchos arqueros é ballesteros, que tiraban tantas saetas, que hacian gran daño á los de la hueste; é sobre eso hobieron los hombres buenos su acuerdo, é habido su consejo, tovieron por bien de hacer una puente de barcos sobre el rio, cerca de la posada del duque Gudufre, ea bien le pareció que por allí podrian salir á cualquier parte que quisiesen; é despues que lo hobieron acordado, enviaron por grandes barcos de pescar, que estaban en el lago, que era arriba hácia la montaña, é hicieron otros de nuevo; é desde fueron todos ayuntados, hicieron muy presto sobre ellos una puente de vigas é de zarzos, tan fuerte é tan ancha, que podrian por ella pasar cuatro caballos juntos; esto fué una cosa que aprovechó mucho á los de la hueste, ea por allí pasaban despues el rio cada vez que querian, é iban á correr la villa é la tierra en derredor é tornábanse en salvo, lo cual ante que la puente fuese hecha no podian hacer sin haber de nadar por el rio ó de pasar en barcos, que les era cada una destas cosas muy gran peligro; que los moros cada y cuando que querian pasar el agua dejaban entrar tantos con que entendian que podrian, é aquellos vencian é malaban, é los otros no dejaban pasar á acorrerlos.

CAPITULO XXXIV.

Cómo el dia que se acabó la puente, Golfer de las Torres mató cinco turcos que venian á tirar á los maestros.

É los cristianos hacian su puente así como ya oistes, é trabajaban de la acabar presto, mas los moros lo des- torbaban cuanto podian, é enviaban todo el dia arqueros que veniesen á tirar á los maestros que labraban, mas ellos los hacian huir con muy buenas ballestas que tenían, de manera que no dejaban por ellos de labrar. É el dia que la puente fué acabada venieronla á ver todos los hombres honrados de la hueste. E Golfer de las Torres, que era muy guerrero é muy buen caballero, aquel dia andaba en un caballo que comprara estonce, que era grande é muy hermoso á maravilla, é porque era enfermo no descendia dél lo mas del dia; así que, cuando cabalgaba á alguna parte, siempre iba en él, é mandábalo armar é armábase él porque se hiciese á las armas. É cuando llegó á la puente é la vido toda hecha, santiguóse é dió de las espuelas al caballo, é dejóse ir por ella corriendo, la lanza sobre el brazo, en tal manera como si quisiese hofordar. É cuando fué al otro cabo encontróse con cinco turcos que venian á tirar á los que labraban en la puente, é venian todos des- parcidos, corriendo cuanto mas podian, porque creian

que hombres de pié eran pasados allende de la puente, á quien habian deseo de facer daño. É porque la tierra era muy seca é hacia un poco de viento, levantaban los caballos gran polvo; así que, los moros no lo pudieron ver hasta que fué junto con ellos; é hirió de la lanza al primero que halló, sobre un escudo que traía, tan de récio por los pechos, que gela sacó bien un cobdo á la otra parte de las espaldas; é despues sacó la lanza sana é hirió al otro á sobremano de una tan gran herida, que amos los costados le falsó, é desta manera los mató á amos á dos. É los otros tres turcos, cuando vieron sus compañeros muertos, comenzaron á huir, é él, como iba cerca dellos, hirió al primero de la lanza por las espaldas cabe el pescuezo de tan gran herida, que gela sacó por los pechos; así que, luego cayó muerto en tierra. É los otros dos, cuando esto vieron, desampararon los caballos é metiéronse á pié por un postigo; é Goller de las Torres acogió los cinco caballos ante sí, é comenzólos á traer contra la puente por do pasara, é veníase con ellos lo mas paso que él podía, porque no perdiese alguno dellos, pero traía el caballo herido de cuatro saetadas. É los moros, cuando vieron el daño que les habia hecho é que les levaba los caballos, corrieron en pos dél para alcanzarlo, é los de la hueste hicieron lo mesmo para ampararle. É en tal manera se volvió el torneo de la una parte é de la otra, que pocos quedaron, así de los de dentro como de los de fuera, que allí no viniesen á la batalla. É duró el torneo bien desde mediodía hasta hora de viéseras, é fué muy herido á maravilla, pero en fin fueron los moros vencidos, é ahí murieron muchos de los mas honrados hombres que habia, é señaladamente mataron dos almirantes muy buenos; el uno era de tierra de Lijamel é llamábanle Carronfal, é el otro era de tierra de Persia é habia nombre Burban; é fué hi derribado Arquiles, el rey de Antioca, que lo derribó Gualter, el senescal de Francia. Bien fueron por cuenta mas de mil moros muertos, é muy buenos, é destos fueron los cuatrocientos de caballo, é de los cristianos murieron hasta ciento. É hobo hi muertos tres señores de caballeros; el uno habia nombre Guarín é era natural de Provenza, é el otro Jufre de Montéguit, é el tercero Guion de Flándes. É desde que los cristianos hobieron bien encerrados á los moros, de manera que ninguno no quedó fuera de las puertas, tornáronse para sus tiendas; é los unos enterraban á los muertos, é los otros curaban de los heridos, é los otros reparaban la pérdida que habian recebido en sus caballos. Mas Boymonte, que posaba cerca de la parte de la sierra, no fué aquel dia en aquel torneo; ca estaba encima de una montaña mucho alta, de donde miraba toda la villa é veía los moros cómo corrían por las calles é salían á aquel torneo, los unos á caballo é los otros á pié. É veía, otrosí, una gran récua de moros que venían para entrar en la villa, en que habia bien ocho mill turcos, é venían de Halapa, é traían harina é pan cocho é otras viandas de muchas maneras, é muy gran haber que enviaban al rey de Antioca; é sin todo esto, traían mucho ganado. É en pos de aquellos venían bien otros treinta mill, que habian de entrar en la villa dende á dos dias despues, los cuales enviaba el soldan de Damasco é el de la Camela para acorrer Antioca. É cuando el

príncipe Boymonte vió aquello pesóle mucho, mas parecióle que quien los bien acometiese que podría haberlo todo ó lo mas dello. É otrosí paró mientes á la villa, é vió la grandeza della, é las casas é los muros é las torres é el castillo, que era mucho alto sobre todo, é demás un alcázar que habia muy bien labrado á maravilla. É paró mientes de cómo el rio cercaba la cibdad bien acera de la media, é de cómo era bien asentada é en buena tierra é bastecida de todas cosas, é que el señorío é nombre della era muy nombrado por todas las tierras. É cuando esto hobo parado mientes crecióle una gran piedad al corazon; así que, descendió del caballo, é fincó los hinojos é alzó las manos al cielo, é comenzó á hacer oracion á nuestra Señora santa María en esta manera: «Señora Virgen gloriosa, en que Dios quiso enviar el Espiritu Santo, de donde recibió natural carne así como otro niño, é despues nació del tu cuerpo é fué criado de la tu leche, é tú fuiste á él madre é hija, é él á tí hijo é padre; é despues moró en la tierra treinta é dos años é medio, haciendo mayores milagros que hombre non podría hacer, por lo cual le mataron, con envidia, los judíos en la cruz; donde resucitó al tercero dia muy maravillosamente, despues que fue soterrado; é despues subió á los cielos, veyéndolo todo el pueblo, é verná el dia del juicio á juzgar los vivos é los muertos é los grandes é los pequeños, é dará á cada uno galardón segun su merecimiento; é meterá á los que no le conocieron en el fuego, que nunca habrán fin, é dará á sus siervos la gloria del paraíso, do serán perdonados de toda culpa, en que cayeron por el fruto que comió Adán; pero no les dará árboles ni frutos, así como el maldito Mahoma hizo creer á los moros, á quien ellos llamaban profeta; mas los árboles que él dará será vida perdurable, é el fruto será gloria de Santo Espiritu; así que, los que dél comieren serán salvos para siempre. É aquel dia será el diablo confundido con todos aquellos que le creyeron, é serán metidos en el infierno, de donde nunca jamás saldrán, por lágrimas ni por sospiros, ni por otra cosa que por ellos puedan hacer. É de allí adelante será tú emperatriz; así que, de cuanto dijeres ninguna cosa te será negada; por ende, Señora, así como es verdad esto que yo digo, te pido merced que tú ruegues al tu santo Hijo que él quite esta cibdad á sus enemigos, é la dé á tí é á estos cristianos que son aquí venidos al su servicio é al tuyo, porque el tu nombre é el de Jesucristo sean loados, é ellos puedan de los pecados que hicieron haber perdon; é por la tu piedad, non quieras que se partan de aquí con vergüenza.» Cuando esto hobo dicho con sospiros é con muchas lágrimas, cabalgó en su caballo é tornóse para su posada.

CAPITULO XXXV.

Del consejo que dió Boymonte á la hueste para correr la villa, é cómo les fué bien dello.

Despues que Boymonte fué tornado á su posada, así como oistes, era ya el sol puesto, é estuvo toda aquella noche en muy gran cuidado de cómo podría correr á Antioca. É otro dia en la mañana fué á hablar con el conde de Flándes, é levó consigo á Tranquer, su sobrino, é despues que todos tres fueron juntos, dijo: «Se-

ñores, yo he pensado una cosa, que creo que sería muy gran provecho de toda la hueste, é es, que corramos toda la villa, que no puede ser, si nos esto bien hiciéremos, que no llevemos la mayor parte destos moros que son venidos de luengas tierras; pero esto ha menester que sea fecho en tal manera, que lo sepan todos los de la hueste, é que estén avisados, porque nos puedan acorrer si menester lo hobiéramos; que nosotros con toda la priesa que pudiéremos tomar, venir nos hemos á la puente, é pararnos hemos entre el cortijo é la gran mezquita, é allí hay un vado muy bajo, que desembargarémos de los moros, por do podrán pasar muy bien los que quisieren; é cómo quier que hayan hí hecho un palenque, presto lo podrán desbaratar los que hí llegaren; é por este lugar les podrémos hacer muy gran daño. Todo aquesto he yo hablado con el duque Gudufre é con el conde de Tolosa, é tiénenlo por bien; é si vos me lo otorgádes, yo quiero luego esta noche mover al primero gallo. Cuando el príncipe Boymonte hobo acabada su razon al conde de Flándes é á Tranquer, su sobrino, plúgoles mucho, é dijeron que irían con él; é luego hicieron tañer una bocina porque saliesen todos los de aquella compañía. E cuando cantaban los primeros gallos, fueron todos ayuntados á la tienda de Boymonte, é juntáronse bien cinco mill hombres á caballo, é guiólos Pedro de Roax, el adalid; así que, cuando la estrella del dia pareció, fueron pasados bien tres leguas allende del castillo de Mal-Vecino. É estonce metióse Boymonte en celada en un olivar bien con tres mill caballeros dellos; é Tranquer é el conde de Flándes con los otros dos mill fueron adelante. É cuando llegaron cerca de la villa, así que podían ver los moros é las torres, metióse Tranquer en una celada con mill é setecientos hombres á caballo; é el conde de Flándes fué á correr la cibdad con los otros trecientos hombres de los mejores que él escogió en toda la compañía; de manera que cuando fué el sol un poco escalentando, los moros sacaron todos sus ganados á pascor é metiéronse entre ellos é la villa, é tomáronlos todos é mataron muchos de aquellos que los guardaban, é comenzáronlos de levar contra la primera celada, mas no hubieron llegar cuanto tres trechos de balista, cuando sonó el ruido en la villa, é luego tañieron las trompas por las torres, é comenzaron á salir los moros por las puertas de la villa tan fieramente, que non lo sintieron los cristianos hasta que fueron con ellos bien cinco mill turcos; é era su cabdillo Corfat, el almirante aquel que trajiera la gran récua, que no habia mas de tres dias que entró en la villa, é viniera allí señaladamente por hacer armas, que era muy buen caballero dellas, é desamaba mucho á los cristianos. É luego que llegaron allí do la presa levaban, tanto los combatieron, que gela tomaron toda por fuerza; é el conde de Flándes, que era muy buen cabdillo é sabía mucho de guerra, metióse en pos de todos é íbalos acabdillando que ninguno no se deramase. Mas non lo pudo tanto vedar, que dos caballeros no se desmandasen, el uno habia nombre Manselin de Casel, é el otro Seguin de Fabes. É estos, cuando vieron que los moros los maltrataban tanto, que los iban heriendo con las lanzas é espadas, dejaron correr los caballos á ellos, é fuéronlos á herir tan de récio, que

mató cada uno al primero que halló, é despues comenzaron á dar en los otros; mas todo su hecho no valió nada, que luego les mataron los caballos é cativaron á ellos é enviáronlos á la villa, é comenzaron á ir heriendo en los otros, hasta que los pasaron por la celada donde estaba Tranquer, é pesóle mucho cuando los vió venir tan maltratados. É el primero que della salió fué él, é como andaba bien encabalgado en su caballo, que llamaban Pieldejana, que era el mayor é el mas corredor de toda la hueste é mas preciado, é como venía ante todos los suyos, encontróse con un turco que andaba bien armado, é dióle tan gran golpe por medio del escudo, que gelo falsó, é la loriga, é metióle la lanza por los pechos, é dió con él muerto en tierra, é Ruberte de Sordavalles, que iba mas cerca é era buen caballero de armas, hirió á otro moro tan fuertemente, que le falsó el escudo é el brazo; así que, todo el hierro le metió por medio del cuerpo, é dió con él muerto en tierra. É el conde de Flándes, que se venía defendiendo de los moros, cuando esto vió, dió grandes voces á los suyos, diciéndoles que tornasen; é él tenia muy buen caballo, que llamaban Bellafaz, é hirióle de las espuelas muy récio, é fué á dar á un alárabe que venía de travieso tan gran lanzada, que le falsó entramos costados, é derribólo del caballo, muerto en tierra. É sobre esta herida revolviéronse los cristianos é los moros muy fieramente, é hobo muy gran batalla entre ellos; pero en fin fueron vencidos los moros, é leváronlos así un gran rato, alcanzándolos é hiriendo en ellos, hasta que llegó la gran hueste de Antioca, que los acorreron, é habia bien cinco mil hombres á caballo é otros cinco mil á pié, é eran sus cabdillos dos almirantes, el uno habia nombre Malhas, é el otro Maicales, é estos dos eran aquellos que venieran en acorro de Antioca, é aun venía con ellos otro rey moro, que habia nombre Hazar, que era señor de Malbet. É cuando llegaron allí do los cristianos estaban, fueron muy grandes las voces que dieron, é como vieron que los cristianos eran pocos, segun ellos, enviaron á decir á los de la villa que veniesen todos aquellos que placer habian de tomar cativos é caballos é armas é todo lo que traían los cristianos; mas aquellos combatieron tan fieramente, que el almirante Maicales fué á herir al conde Beltran, é dióle tan gran golpe de travieso, que le falsó la loriga é metióle un poco del hierro de la lanza por el costado, pero el Conde no cayó de aquel golpe, que se abrazó á la cerviz del caballo. É otrosí el almirante Malhas, encontró al conde Cora el cano, que era conde de Pontis, padre de don Jaran, é diéronse amos tan de récio, que se derribaron de los caballos en tierra; é allí fué grande el trabajo de la una parte é de la otra, sobre cuáles pornían antes el suyo á caballo, é don Jarran, el hijo del Conde, vino por acorrer á su padre; é cuando lo vió así caído en tierra, dijole, como reyendo: «Gran vergüenza debia haber todo hombre bueno, á quien tan á menudo descabalgan sin su grado, é por esto entendemos que la mancebía va siempre adelante; que mas vale un buen novillo para tirar la carreta que un par de bueyes viejos.» Cuando esto oyó el Conde, fué muy sañado, é levantóse muy presto, é metióse por medio de la priesa, heriendo cuanto mas podía, tanto, que quitó á los mo-

ros su caballo que levaban é subió en él. É entonce dijo á su hijo: «Bien te dejaré yo agora, que no me vengaré de tí; mas, si Dios me guarda esa poca de fuerza que tengo, yo te haré entender que lo que yo no osase acometer no lo osarías tú pensar.» Otro caballero fué muy bueno, que decían Gochiel de Belon, que fué hijo de don Alijandre, el cual hizo señalados encuentros en tierra de Francia, en el ducado de Braivante, é este fué á dar á un almirante que llamaban Malgoan, é el Almirante dióle tan gran lanzada, que le fendió todo el escudo, é hobiéralo muerto, sino porque la lanza se quebró. Mas Gochiel le dió á él tal lanzada sobre la broca del escudo, que gelo falsó é la loriga, é metióle la lanza por medio de los pechos, así qu'el hierro sangriento le parasció por las espaldas é dió con él del caballo, muerto en tierra. Cuando esto vieron los moros, hobieron muy gran pesar é dejáronse todos venir contra los cristianos, é comenzáronlos herir muy fieramente. Mas con todo eso, no dejó Gochiel de se meter por medio de la priesa, é fué á tomar el caballo de aquel que él matara, é vino con él para los suyos, é comenzóles á esforzar, diciéndoles que aquellos turcos no valian nada. É Tranquer, cuando lo oyó, comenzóse de reir, é dijole; como por escarnio: «Amigo, mucho vos va bien de armas; Dios quiera que sea buena la fin así como fué el comienzo.» É cuando esto hobo dicho Tranquer, revolvió el caballo é fué contra un turco, é dióle tan gran lanzada, que quedó la silla vacía dél, é despues comenzó á decir á los suyos que se esforzasen. É desta forma los fué cabdillando, é los moros hiriendo en ellos, hasta que llegaron á la gran celada do estaba Boymonte. Mas Tranquer é el conde de Flándes, que venian en pos de los suyos con treinta caballeros de los mejores que habia entre ellos, cuando vieron la celada de Boymonte, no quisieron ir á ella, mas dejáronla de travieso é pasaron por ella. É cuando Boymonte los vió, plúgole mucho de lo que hicieran, é dijo á los suyos: «Agora verémos lo que haréis; ca hé aquí los turcos que vienen, é poderlos heis vencer si quisiédes, porque vosotros estáis ayuntados é descansados, é ellos vienen esparcidos; é por ende, no temais de herirlos muy de récio.» Ellos respondieron que lo harian de grado. É luego todos fueron sobre los moros que eran ya pasados delante; é como los hallaban de espaldas, no hobo caballero que no derribase el suyo muerto ó llagado en tierra. Lo uno, porque los moros venian muy cansados, é lo otro, porque las armas que traian vestidas eran muy flacas, é por el gran calor que les hizo aquel dia, aunque era en el invierno; é allí se volvió entre ellos una tan fuerte batalla, que los golpes que se daban sobre los yelmos podria el hombre oír bien media legua. É Boymonte, que llegó ante que ninguno de su compañía, fué á herir á un hijo del almirante Maicales, que venia delante los moros acabdillándolos, é dióle tan gran golpe, que le falsó el escudo é la loriga, é metióle la lanza por medio del cuerpo, é dió con él muerto en tierra; é Golfer de las Torres mató otro almirante, del cual hobo un caballo muy preciado que tenía. E desde que los moros vieron estos dos hombres honrados muertos, fueron vencidos é comenzaron á huir, é los cristianos fueron en alcance hasta las puertas de la villa. E ante que entrasen ma-

taron é prendieron tantos, que no escaparon dellos la tercia parte. E los de la hueste, que tenían sus atalayas, viéronlos de muy léjos, é salieron todos armados de sus tiendas, é dejáronse ir al río por el vado que era cabe la puente, entre la gran mezquita é una fortaleza pequeña que estaba cerca della, así como lo habían hablado la noche pasada, é derribaron aquel paso del vado do estaban los moros, é desficiaron un cadahalso é un palenque que habían hecho muchos hombres de pié que levaron é carpinteros que allañaron aquellos pasos malos; é mataron muchos moros de aquellos que guardaban el paso. E entre tanto llegaron los otros cristianos de la cabalgada, que habían vencido los tureos é encerrádoslos en Antioca, é corrieron en derredor de la villa, é ayuntáronse allí al vado de la puente con los otros que pasaban de la hueste; é todos en uno ayuntados, robaron el campo é hicieron allanar todo el paso del vado suyo, porque habían dañado el de los enemigos, é derribaron todas las barreras que eran entre ellos é los de la villa, de manera que no hobiese embargo ninguno cuando quisiesen pasar á ellos. E desde que hobieron allegado todo lo que ganaran, venieron juntos á la hueste, que no perdieron ninguna cosa sino á Manselin de Casel é Seguin de Fabes, que fueron presos al comienzo, así como oistes, é algunos caballos que les mataron. E este hecho acaeció viéspera de San Martin en la era que arriba dijimos. E cuando fueron tornados á las tiendas hallaron que habían ganado mil é quinientos caballos é armas muchas, é cativos mil é docientos, sin los muertos, que fueron bien cuatro mil, é mucho ganado que tomaron á maravilla, é todo lo partieron muy bien; así que, ninguno no hobo con queja. E los moros de la cibdad fueron muy quebrantados del daño que habían recibido, é veian ya que cada vez que se tomaban con los cristianos les iba mal; así que, algunos hobo entre ellos que hablaron en que debian hacer cualquier partido á los cristianos é que se fuesen de allí. Mas ante que fuese la cosa mas adelante llególes bien treinta mil turcos, que venian de Egipto, de tierra de Liamel (1), é trajeron consigo gran pieza de hombres de pié; é estos salian por la gran puente, á veces á hurto é á veces manifestamente, é hacian muy gran daño en la hueste, que les venian tirando hasta las tiendas grandes compañías dellos, é mataban é llagaban muchos hombres é bestias; é cuando aquellos eran cansados, venian otros, é desta manera aquejaban tanto á los cristianos, que no les dejaban comer ni holgar. E aun les hacian otro mal, que no les dejaban traer récua ninguna si no era con gran caballería, que la fuesen á recibir al puerto de la mar é la trajiesen á la hueste en salvo; é otro daño les hacian que les era muy grave, que no les dejaban ir por yerba ni en cabalgada á ninguna parte del mundo si no salian con gran gente, que luego eran los de la villa con ellos; é levaban hombres de pié consigo, que mataban los caballos de los cristianos, porque temian ser vencidos é muertos ó presos; así que, bien les duró quince dias que no iban á ningún lugar que no recibiesen daño; é porque el mayor mal que recibian era por la gran puente de piedra, hobieron su consejo cómo la fuesen á derribar.

(1) En el impreso *Aliamel*.

CAPITULO XXXVI.

Del consejo que hobieron entre sí los de la hueste cómo derribasen la puente.

Otro dia en la mañana, desde que los cristianos hobieron tomado su consejo que derribasen la puente, armáronse todos, é levaron muchos escudos grandes é adaragas, é hombres de pié, que levaban picos é palancas é porras de hierro, é con estos iban muchos arqueros con ballestas de torno é de dos piés é de estribera, é con todos los engeños con que entendieron que mas podrian apartar los moros de sí é derribar la puente mas en salvo; é luego que llegaron, comenzaron á picar é derribar cuanto mas pudieron. Mas la labor era de argamasa de obra antigua, é ficiérase tan fuerte como una peña, que cuanto picaron todo el dia fasta la noche, no habria en ello que levar una bestia cargada; é demás recibieron gran daño, porque los moros del cortijo é los otros que estaban en la puente los mataban é llagaban con saetas é piedras de hondas fuertes; así que, por fuerza les hicieron dejar aquello que habían comenzado, é hobiéronse de tornar para sus posadas; é tomaron luego su consejo entre sí, que hiciesen un castiello de madera en ruedas, que llegase en derecho del cortijo, é que estuviesen ahí ballesteros que tirasen á los moros; de forma que cuando quisiesen cavar la puente, que lo pudiesen hacer en salvo; é sin aquello, que hiciesen una gran gata en ruedas, en que fuesen los hombres que cavasen la puente seguros.

CAPITULO XXXVII.

Cómo los engeños de los cristianos pasaron la puente.

Sabed que cuando los cristianos hobieron hecho sus engeños muy fuertes é de muy gruesas vigas é bien cubiertas de zarzos é de cueros, que se armaron todos los de la hueste; é dejaron quien guardase las tiendas, é fueron los otros allá é llegaron el castiello al cortijo, é la gata leváronla derechamente á la puente. Los moros, cuando esto vieron, salieron todos armados é dejáronse venir á ellos, é fué muy grande la batalla en medio de la puente, que los cristianos no trabajaban por otra cosa sino por ganarla, é los moros por defenderla; de manera que tanto fué creciendo la gente de la una parte é de la otra, que toda la puente fué llena de moros é de cristianos, é entonces comenzáronse á herir á manteniendo, é hobo muchos muertos, é esto les duró todo el dia hasta cerca de la noche; así que, cuando los unos ganaban la puente, quitábangela los otros; é cuando fué un poco ante que el sol se pusiese llegó hí un caballero de Alemania, é viólos estar así, que no se vencian unos á otros, é tóvolo por mal, é descendió del caballo é echóse un escudo á cuestras, é tomó el espada á amas manos, é fuése á los moros armado á pié así como estaba, é comenzólos á herir tan de récio, que ninguna arma les aprovechaba, lo uno porque el espada era fuerte é muy tajante, é lo otro porque él era muy valiente á maravilla; é por ende, dábales tal priesa, que á los unos cortaba las cabezas, é á los otros los brazos é las piernas; é con esto, tomaron los cristianos tan gran esfuerzo, que ninguno de los

moros no osó esperar en toda la puente, é comenzaron á fuir á la villa; é los cristianos fueron en pos dellos, matándolos hasta que los encerraron todos, que no quedó ninguno fuera de las barreras; é entonces los de la hueste hicieron pasar por la puente la gata é el castiello; é los moros, cuando aquello vieron, subieron á las torres, é metieron en ellas todos los ballesteros é los arqueros que pudieron haber. Mas entre tanto vino la noche, é estuvieron así. Otro dia en la mañana comenzaron á tirar á los engeños de los cristianos tantas saetas, que así estaban espesas como pajas en rastrojo; é desde que esto hobieron hecho, tiraron otras saetas con fuego grecisco, é tantas echaron destas, que la gata comenzó d'arder, é los cristianos que en ella estaban trabajaban cuanto podian por la apagar, mas á cabo no valió nada que hóboles el fuego de vencer; é los moros, cuando esto vieron, dejáronse ir á los que en ella estaban, é mataron algunos dellos, é los otros huyeron; é cuando los que estaban en el castiello vieron que los de la gata fuian, no osaron esperar, é desamparáronle. Estonce los moros fueron á él, é pusieronle fuego é quemáronle todo; así que, los de la hueste no pudieron proveer en ello, que quedaron muy mal tratados de muchos hombres que les mataron é les hirieron, é de los engeños que les habían quebrado, é aun sin aquesto, que ninguna cosa no les dejaron derribar de la puente.

CAPITULO XXXVIII.

Cómo los de la hueste echaron piedras delante la puerta del cortijo.

De aquel daño que los moros hicieron fueran tan alegres é esforzáronse tanto, que allí de adelante se atrevieron mas á los cristianos, é les venian á las tiendas matar é herir los hombres é las bestias; é el mayor daño que les hacian era de aquel cortijo que estaba en cabo de la puente; é sobre esto hobieron su acuerdo los cristianos, que tomasen grandes cantos, é que los echasen ante la puerta del cortijo de la puente, de manera que los de la villa no pudiesen salir á caballo á ellos; que creyeron que de otra manera no les podian quitar aquella salida, porque en antes habían probado de tirar con engeños al cortijo, é para defendérgela; é mientras que ellos tiraban no salian los moros, pero luego en cesando, no dejaban de salir é de hacerles daño cuanto mas podian, é por eso acordaron de echar aquellas grandes piedras ante la puerta; é al segundo dia en la mañana armáronse todos, é tomaron ante sí todos los ballesteros é otros hombres que levaban escudos, é gente de pié que les levaban los cantos; é eran tan grandes, que canto habia que cien hombres apenas lo podian rodear, é cuando llegaron al cortijo de la puente comenzáronlo á combatir tan récio, que ninguno no se osaba parar entre las almenas por los ballesteros é los de las hondas, que eran muchos que les tiraban; é desde que así los hobieron encerrados, echaron muchos de aquellos cantos grandes ante las puertas del cortijo, que gelas ataparon de manera, que despues gran tiempo no podieron salir por allí; é desta manera quedaron los cristianos seguros de aquellas puertas del cortijo, que de allí adelante no les vernia mal por allí.